

Históricas Digital

Miguel León-Portilla

Bernardino de Sahagún

Pionero de la antropología

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

1999

261 p. + [XLIV]

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 24)

ISBN 968-36-7064-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun_pionero/363.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



3. PUESTA EN MARCHA DE UN ORIGINAL PROYECTO DE EVANGELIZACIÓN Y RESCATE DE LA PALABRA INDÍGENA (1540-1558)

Por el mismo fray Bernardino sabemos que en 1540 concluyó su primera estancia en Santa Cruz de Tlatelolco. “Yo fui —escribió al hablar del Colegio— el que los primeros cuatro años [de 1536 a 1540] con ellos trabajé y los puse en todas las materias de la latinidad”.¹ Su vida de maestro se interrumpió entonces para volver a la de misionero. Su nuevo destino fue el valle de Puebla, con sede en el convento de Huexotzinco, una de las primeras fundaciones franciscanas en la Nueva España. Desde Huexotzinco visitó lugares tan importantes en la historia y en la cultura nahuas como Cholula, Tepeaca, Tecamachalco, Tehuacán, Calpan y otros, donde en fechas cercanas los franciscanos comenzaron a edificar asimismo iglesias y conventos.

Del año de 1540 data la primera obra que escribió Sahagún y que hasta hoy se conserva inédita, aunque de ella se hicieron varias copias en el siglo XVI. Es un sermonario en náhuatl de todas las dominicas y de algunas fiestas de santos a lo largo del año litúrgico. El propio Sahagún, al revisar y corregir años adelante este temprano trabajo suyo, lo describe así:

Síguense unos sermones de dominicas y de santos en lengua mexicana. No traducidos de sermonario alguno sino compuestos nuevamente a la medida de la capacidad de los indios: breves en materia, y en lenguaje congruo, venusto y llano, fácil de entender para todos los que lo oyeren, altos y bajos, principales [señores y caciques] y macehuales [gente del pueblo], hombres y mujeres. Compusiéronse el año de 1540.²

¹ Sahagún, *Historia general, op. cit.*, II, 634.

² Manuscrito conservado en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry, Chicago, Illinois, Ms. 1485, primer folio de los 98 que lo integran.

La copia temprana que existe de dicho sermonario se conserva en la Colección Ayer, de la Biblioteca Newberry, en Chicago. Consta de 202 páginas, en papel indígena, es decir, hecho de la corteza del árbol amate, del género de los ficus.

Dando crédito a este testimonio de fray Bernardino, es necesario reconocer que escribió dicho sermonario en 1540, hallándose ya en el convento de Huexotzinco. Sin embargo, atendiendo al trabajo que supone preparar cincuenta y dos sermones en náhuatl, de todas las dominicas, desde el primer domingo de Adviento hasta el decimonono después de Pentecostés, así como otros en honor de varios santos, parece verosímil pensar que, desde antes, todavía en Tlatelolco, había iniciado esta obra. Nuevo argumento hay en ello para aceptar que desde la década de los treinta se escribían ya con el alfabeto largos textos en náhuatl. Para valorar la importancia de ese sermonario conviene verlo, no como algo aislado, sino en función del gran conjunto de lo que fueron luego las aportaciones sahadunenses.

Lo primero que importa destacar es que él lo escribió en lengua náhuatl. Siendo cierto que ya otros frailes predicaban en ese idioma, lo realizado por Bernardino tuvo un nuevo propósito. Estaba persuadido de que no tendría sentido hacer meras improvisaciones o intentar traducir sermonarios ya existentes en latín o en castellano. Por ello subraya que sus sermones los ofrece no traducidos de sermonario alguno, sino compuestos nuevamente a la medida de la capacidad de los indios. Y añade que los ha dispuesto breves en materia y valiéndose de un lenguaje congruo, venusto y llano, lo que equivale a expresión congruente, oportuna (congrua), hermosa, agraciada (venusta) y clara, sin complicaciones ni sutilezas (llana).

Dicho sermonario, dispuesto con tales atributos, fue el primero dentro de una serie de trabajos de Sahagún, concebidos en consonancia con un criterio que, probablemente desde que empezó a enseñar en el colegio de Tlatelolco, se fue gestando en su pensamiento. Había que adaptarse a las realidades culturales de aquellos entre quienes se iba a trabajar y a los que se quería evangelizar. Necesariamente el acercamiento a ellos debía hacerse en la que era su lengua. Sólo así se lograría una presentación del cristianismo comprensible a la mentalidad indígena, de “todos los que lo oyeren, altos y bajos, principales y macehuals, hombres y mujeres”.

En 1540 pensaba que tal propósito podía alcanzarse por medio de obras que, como su sermonario, harían posible una comunicación adecuada con los indios. Con el paso del tiempo su criterio se afinaría hasta percatarse de que eso en modo alguno era suficiente. Siendo necesario que los misioneros supieran con profundidad la lengua, era también imprescindible que penetraran de verdad en el conocimiento de la antigua cultura. Esto explica que fray Bernardino no se satisficiera con el sermonario que había elaborado hacia 1540 y lo revisara y añadiera más en consonancia con el habla y la mentalidad indígenas.

Tal interés ayuda a comprender que unos siete años más tarde, iniciara sus trabajos encaminados a recopilar un conjunto de textos en náhuatl sobre muchos aspectos de la antigua cultura, tanto para estudiar mejor la lengua a través de ellos, como para acercarse a las que consideró sutilezas del pensamiento indígena. No parece, por consiguiente, mera suposición admitir que, a la par que volvía a sus quehaceres de misionero en la región de Huexotzinco, afloraba ya en su pensamiento la necesidad de programar y poner en marcha un original proyecto de evangelización y rescate de la palabra indígena.

Huexotzinco, su región y vestigios culturales

Varias son las noticias que proporciona Sahagún sobre sus experiencias en el valle de Puebla. Por una parte, allí tenía él ante sus ojos tres formas distintas de realidades: la de numerosos pueblos indígenas apenas tocados por la acción misionera; la de algunas cabeceras, como Huexotzinco, donde se había implantado ya un centro de irradiación evangélica y, no muy lejos, la de un establecimiento netamente español, la Puebla de los Angeles, ciudad fundada el 16 de abril de 1531 por los miembros de la Segunda Audiencia. En lo que toca a Huexotzinco, situado en las laderas orientales del Iztaccíhuatl, a una altura de cerca de 2.300 metros sobre el nivel del mar, cabe recordar que fue cabecera de un importante señorío prehispánico, aliado unas veces a Tlaxcala y otras inclinado a la esfera de poder de México-Tenochtitlan. Allí había gobernado, poco antes de la venida de los españoles el señor Tecayehuatzin que, según otros testimonios, se distinguió

además como forjador de cantos. Sahagún tuvo noticia de que en dicho lugar había florecido el arte de la poesía y el canto e hizo referencia a las composiciones designadas como Huexotzincáyotl, o sea, obra y pertenencia de las gentes de Huexotzinco.

Según vimos, consumada la Conquista, la primera encomienda establecida en ese lugar se la adjudicó a sí mismo Cortés. Hacia 1532 se había nombrado allí un corregidor y, poco después, la jurisdicción de éste abarcó los pueblos de San Salvador y San Martín Texmelucan, al norte, y Calpan, Acapetlahuacan y Huaquechula, al sur. Los franciscanos se habían establecido allí hacia marzo de 1525. Como primer guardián de un conventillo que se edificó fue nombrado uno de los doce primeros frailes, Juan Juárez. A él le sucedió en 1529 —el año en que llegó Sahagún a México— fray Toribio de Benavente Motolinía. Fue entonces cuando tuvieron lugar las exacciones de Nuño Beltrán de Guzmán en contra de los indios de Huexotzinco que motivaron, según vimos, la airada intervención de Zumárraga.

También por ese tiempo se cambiaron de lugar el pueblo y el convento. Al parecer, en las barrancas cercanas se habían refugiado muchos miles de indígenas huyendo de las violencias que trajo consigo la Conquista. El traslado significó la reubicación de cerca de cuarenta mil vecinos, al decir del cronista fray Jerónimo de Mendieta. Correspondió ocuparse de tan dificultosa empresa a fray Juan de Alameda, a quien se atribuye además haber dado comienzo al gran convento que hasta el día de hoy allí se yergue.

Cuando fray Bernardino llegó a Huexotzinco se proseguía trabajando en la fábrica del convento e iglesia, los que no se terminaron sino hasta 1570. De las actividades religiosas en Huexotzinco, describe una Sahagún que lleva a pensar, una vez más, en los ideales cuya implantación buscaban los franciscanos. Para lograr un reflorecimiento del cristianismo al modo antiguo, en el que las cosas materiales no fueran sino medios para hacer posible la dedicación a la vida del espíritu, era necesario ofrecer a los indígenas un ambiente propicio para ello. Nuevas formas de organización comunitaria debían crearse y precisamente en vinculación estrecha con quienes eran portadores del mensaje evangélico. He aquí lo que al respecto notó Sahagún:

Hízose también a los principios una diligencia en algunos pueblos de esta Nueva España donde residen los religiosos, como fue en Cholula y en Huexotzinco, que los que se casaban los poblaban por sí junto a los monasterios y allí moraban, y de allí venían todos a misa cada día al monasterio, y les predicaban el cristianismo y el modo de la cohabitación matrimonial, y era muy buen medio éste para sacarlos de la infección de la idolatría y otras malas costumbres.³

En relación con esto puede mencionarse el caso de un pueblo llamado Chocaman. El cronista Mendieta ofrece particular información que deja ver cómo hubo indígenas que, motivados por sí mismos, quisieron vivir al modo de lo que habían oído de los frailes sobre los ideales de la primitiva cristiandad. Refiere así que

a un indio natural de la ciudad de Cholula llamado Baltasar, comunicó nuestro Dios tan buen espíritu que no se contentó con procurar salvar su sola ánima sino que, allegando por pueblos circunvecinos, como son Tepeaca, Tecali, Tecamachalco y Cuauhtinchan, los indios que pudo atraer a su opinión y devoción, y habiendo buscado en todas las sierras que caen detrás del volcán y Sierra Nevada de Tecamachalco lugar cómodo y aparejado para lo que pretendía, que era tener quietud para darse a Dios en recogimiento y vida solitaria y sin ruido, los llevó a los que tenía persuadidos y lo quisieron seguir con sus mujeres e hijos, a un asiento cual deseaba, entre dos o más ríos que salen de la misma Sierra Nevada [...].

En este lugar hizo una población de hartos vecinos, a la cual puso por nombre Chocaman, que quiere decir lugar de lloro y penitencia, y púsolos en buenas costumbres, haciendo de común consentimiento ciertas ordenanzas y leyes de cómo habían de vivir [...].

Sólo me acuerdo que dieron estos indios grande olor de buena fama, por donde los llamaron beatos, y que fue mucho su recogimiento y mortificación [...]. El padre Juan de Ribas, uno de los doce, fue muy aficionado a estos indios y los iba a consolar y esforzar muchas veces y con su calor se alentaron y sustentaron en el rigor y santas costumbres que habían comenzado.⁴

De este modo la experiencia de los indios de Chocaman pareció emular los ideales que, desde los tiempos de la Custodia del Santo Evangelio en España, habían tenido los seguidores de fray Martín de Valencia en su convento de Belvís de Monroy.

³ Sahagún, *Historia*, II, 630.

⁴ Mendieta, *op. cit.*, 442-443.



Sahagún, que conoció el caso de los de Chocaman, refirió cómo los frailes les predicaban. Y si tuvo ocasión de hacerlo él mismo, visitándolos desde Huexotzinco, es casi seguro que se valiera de su sermonario en náhuatl. Al igual que lo había hecho en Tlatelolco, también allí buscaba sobre todo el acercamiento a los jóvenes. En ellos debía florecer de manera más espontánea el cristianismo.

Entregado a labores misionales, recorriendo lugares cercanos, experimentó —como antes frente al Templo Mayor de México-Tenochtitlan— muy honda admiración ante otros impresionantes vestigios de la antigua religiosidad indígena. En dos sitios de su *Historia general* pondera la grandeza extraordinaria de Cholula. En el prólogo al libro VIII dice:

Los que de esta ciudad huyeron [alude a Tollan-Teotihuacan], edificaron otra muy próspera, que se llama Cholula, la cual por su grandeza y edificios los españoles en viéndola le pusieron Roma por nombre.⁵

Y, describiendo la gran pirámide que, cabe repetirlo, es la mayor que en el mundo se conoce, para explicarse cómo pudo ser hecha, acude a la vieja y universal persuasión de una remota existencia de gigantes:

aun parece ser cosa indecible asegurar que son edificados a mano —[los edificios]—, y cierto lo son, porque los que los hicieron entonces eran gigantes, y aun esto se ve claro en el cerro o monte de Cholula, pues manifiesta estar hecho a mano, porque tiene adobes y encalado.⁶

Y así como los monumentos de la antigua cultura le provocaron grande admiración, también las realidades naturales fueron objeto de su atención. Se refiere, por ejemplo,

a un río que se llama Néxatl, que quiere decir 'lejía o agua pasada por ceniza'. De esta calidad está un río entre Huexotzinco y Acapetlahuacan que desciende de la sierra que humea, que es el volcán, que comienza desde lo alto de él; es agua, se derrite en la nieve,

⁵ Sahagún, *Historia*, II, 494.

⁶ *Ibid.*, II, 672.

y pasa por la ceniza que echa el volcán; súmese bien cerca de él, y torna a salir abajo por entre Huexotzinco y Acapetlahuacan. Yo vi el origen y lugar donde se sume que es junto a la nieve y el lugar donde torna a salir.⁷

El sentido de observación de fray Bernardino vuelve a quedar aquí al descubierto. Describe la naturaleza del agua que forma ese río. Es nieve derretida que, al pasar por entre cenizas arrojadas por el volcán —cosa que con frecuencia ocurría— adquiere una calidad muy especial, como de lejía en opinión suya. Y él, que cada vez se interesaba más por las cosas de la naturaleza, lo lingüístico y cultural, nota también que por tal circunstancia el río se llamaba Néxatl, agua pasada por ceniza (de atl, agua y *nex[tl]*, ceniza).

Y, asimismo, de sus correrías por esa región, proporciona otras noticias. Una de ellas se refiere igualmente a corrientes de agua:

Yo vi dos arroyos, uno entre Huexotzinco y San Salvador [Texmelucan], y otro entre Huexotzinco y Calpan, que manan y corren el tiempo que llueve, y cesan de correr y manar en el tiempo de secas...⁸

Ésta, que a primera vista parecería consideración bastante simple, la formula Sahagún en un contexto en el que quiere recoger algo de la clasificación que hacían los pueblos nahuas de los diversos géneros de corrientes de agua. Según las noticias que allegó, las fuentes que brotan en tierra llana se nombran *ameyalli* (de *a[tl]*, agua, y *meya*, manar). Las corrientes que unas veces corren y otras no, sin que tenga ello relación con la época del año, se designan *pinahuizatl* (de *a[tl]*, agua, y *pinahuiz [tl]*, vergüenza), “porque —según dice— la vergüenza de los que pasan las contiene”. Y respecto de los ríos o arroyos, como los que ha descrito, cuyas corrientes se rigen por la temporada de lluvias, nota que a veces las llaman *teztáuatl* (*a[tl]*, agua y *tetzauh[tl]*, portento), porque corriendo tan sólo en ciertos tiempos, sus avenidas pueden alarmar a las gentes.

⁷ *Ibid.*, II, 801.

⁸ *Loc. cit.*



Volviendo la atención a los montes, tres son las referencias que hace de su estancia en Huexotzinco. Una es al ya mencionado Poyauhtécatl, Señor de la niebla, el Pico de Orizaba, el más alto en territorio mexicano (5.747 m.):

Hay un monte que se llama Poyauhtécatl, está cerca de Ahuilizapan [Orizaba, Veracruz]. Ha pocos años comenzó a arder la cumbre de él y yo le vi muchos años que tenía la cumbre cubierta de nieve, y después vi cuando comenzó a arder, y las llamas aparecían de noche y de día, de más de veinte leguas [distancia aproximada desde Huexotzinco], y ahora, como el fuego ha gastado mucha parte de lo anterior del monte, ya no se aparece el fuego, aunque siempre está ardiendo.⁹

Hechas estas observaciones sobre la actividad volcánica del Pico de Orizaba, alude luego brevemente a otra montaña, menos elevada, pero que también tenía no pocas connotaciones religiosas para los nahuas:

Hay otro gran monte cerca de Tlaxcala, que llaman Matlalcueye, quiere decir mujer que tiene las naguas azules.¹⁰

Tal nombre, bien lo sabía él, era uno de los títulos de la diosa Madre en su relación con las aguas que fecundan a la tierra. Y cabe añadir, de paso, que al Matlalcueye se le cambió luego el nombre para adjudicarle otro, también de mujer, La Malinche, es decir, el de la célebre indígena que actuó como intérprete y compañera de Hernán Cortés.

Una referencia más al Popocatepetl llevó a fray Bernardino a hacer denuncia de lo que había descubierto en un pueblo situado en su falda. Tal recordación del tiempo de su estancia en Huexotzinco, ya que dicho pueblo caía en su jurisdicción, la hizo en una "Nota" en su *Historia general*, en la que condenó varias prácticas religiosas que, a su juicio, no eran sino encubiertas formas de idolatría. He aquí lo que refiere:

A la raíz del volcán, en un pueblo que se llama Tianquizmanalco, San Juan; hacían en ese lugar gran fiesta a honra del dios que lla-

⁹ Sahagún, *Historia*, II, 807.

¹⁰ *Loc. cit.*

maban Telpochtli [el joven], que es Tezcatlipoca [espejo humeante], y como los predicadores oyeron decir que San Juan Evangelista fue virgen, y el tal en su lengua se llama Telpochtli, tomaron ocasión de hacer aquella fiesta como la solían hacer antiguamente, paliada debajo del nombre de San Juan Telpochtli, como suena por fuera, pero a honra del Telpochtli antiguo que es Tezcatlipoca, porque San Juan allí ningunos milagros ha hecho.¹¹

El comentario sahumense sobre lo que ocurría en Tlanquizmanalco, al pie del volcán cerca de Huexotzinco, como habremos de verlo, se integró en una más amplia denuncia que haría hacia 1576 de lo que ocurría en otros lugares, donde nuevas formas de culto se habían superpuesto a las practicadas antes en honor de los dioses prehispánicos. Y, por cierto, al decir de fray Bernardino, otro de esos sitios se hallaba en un montecillo, el Tepeyácac, “en la nariz del monte”, donde el culto a la Virgen de Guadalupe sustituía o paliaba al antiguo de Tonantzin, Nuestra Madre, la suprema deidad femenina.

Retorno a un Tlatelolco muy cambiado

En 1545, probablemente obedeciendo una orden de sus superiores, volvió Sahagún al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. En cinco años no eran pocos los cambios que allí se habían producido. Acerca de la situación que prevalecía, nos dice Sahagún:

Enseñaron los frailes a los colegiales y estuvieron con ellos más de diez años —[desde enero de 1536 y aun desde antes de la apertura formal]—, enseñándoles toda la disciplina y costumbres que en el colegio se habían de guardar ya que había entre ellos quienes leyesen [dieran clases] y quienes al parecer fuesen hábiles para regir el colegio, y dejáronlos que leyesen y se rigiesen ellos a sus solas.¹²

Fue así como el colegio, cuando volvió a él fray Bernardino en 1545, se había transformado en una institución que, si bien continuaba bajo la supervisión de los frailes, contaba ya con un personal académico indígena. Aunque no consta quiénes eran el

¹¹ Sahagún, *Historia*, II, 809.

¹² *Ibid.*, II, 635.

rector y los maestros nahuas en ese año, sabemos por el *Códice de Tlatelolco* que cinco después —cuando el virrey Mendoza muy poco antes de marcharse al Perú hizo una donación al colegio— se encontraba como rector Pablo Nazareo, natural de Xaltocan, que desde su niñez se había criado con los doce primeros franciscanos. Al decir del oidor Alonso de Zorita, fue “muy buen latino y retórico, y lógico y filósofo, y no mal poeta en todo género de versos”.¹³ Eran también entonces maestros del colegio Martín Espiridión y Antonio Valeriano de Azcapotzalco. Este último fue luego uno de los mejores colaboradores de Sahagún y llegó a ocupar el cargo de gobernador indígena de México.

Lo que así se presentaba como una primera culminación del proyecto hubo de verse afectado, como la ciudad toda y buena parte del país, por una gravísima epidemia de *matlazáhuatl*, enfermedad del género del tífus, que en ese año estalló. De ello habla Sahagún:

El año de 1545 hubo una pestilencia grandísima y universal, donde en toda esta Nueva España murió la mayor parte de la gente que en ella había. Yo me hallé en el tiempo de esta pestilencia en la parte de Tlatelolco y enterré más de diez mil cuerpos y al cabo de la pestilencia dióme a mí la enfermedad y estuve muy al cabo.¹⁴

La aseveración de fray Bernardino de haber sepultado “más de diez mil cuerpos” debe entenderse obviamente en el sentido de haber participado, dirigiendo o colaborando, en los entierros en masa de los afectados por la peste. Es muy probable que se ocuparan en ello no pocos de sus estudiantes. Quizá a esto mismo se debió que muchos murieran contagiados y que el propio Sahagún cayera tan gravemente enfermo que, según lo expresa, “estuvo tan al cabo”, que poco le faltó para morir.

Volviendo sobre esta misma epidemia, recordará fray Bernardino en 1576 que “la pestilencia que hubo ahora treinta un años ha, dio gran baque —golpe— al colegio”.¹⁵ Tanto se había extendido la epidemia que las cifras de muertos dadas por distintos cronistas causan en verdad pavor. Así el agustino fray

¹³ Zorita, Alonso de, *Historia de la Nueva España*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1909, 9.

¹⁴ Sahagún, *Historia*, II, 811.

¹⁵ *Ibid.*, II, 635.

Juan Grijalva, en su *Crónica*, tras consignar que, como prenuncio de dicha pestilencia, se vieron llamaradas en el volcán Popocatepetl y hubo otra serie de malos augurios, llega a afirmar que cinco sextas partes de los indios perecieron.¹⁶ El ya citado espontáneo informante del Emperador, el antiguo conquistador Jerónimo López, en una carta del 10 de septiembre de 1545, escribió al monarca que tan sólo en diez leguas a la redonda de la capital habían muerto cerca de cuatrocientos mil individuos.¹⁷ Según el cronista Torquemada, el número se dobló en lo que entonces era la Nueva España.¹⁸

Nada extraño fue, como lo notó Sahagún, que dicha pestilencia diera tan gran baque o golpe al colegio. Para remediar en cuanto se pudo la disminución de los estudiantes, entre ellos algunos de los más aventajados, al decir del v. rrey Mendoza, se abrieron entonces las puertas a jóvenes, no ya sólo de la antigua nobleza indígena, sino de cualquier extracción social. Única condición para ser admitidos y retenidos era la de mostrar adecuada capacidad intelectual. Volvió así a ponerse en marcha el antiguo proyecto de educación superior en el que habrían de converger valiosos elementos culturales del Viejo y Nuevo Mundo.

*La primera investigación de fray Bernardino
en torno a la antigua cultura*

La idea que, según vimos, se iba forjando fray Bernardino, de conocer a fondo la cultura indígena como condición necesaria para poder llevar a cabo una labor evangélica sobre base firme, lo movió durante estos años a dar un primer paso, antecedente de lo que serían luego sus investigaciones con un enfoque integral. Respecto de la fecha en que emprendió esa pesquisa, proporciona él una noticia que permite fijarla con certeza en 1547. Tal noticia aparece al final del libro VI del *Códice Florentino*, que

¹⁶ Juan de Grijalva, *Crónica de la Orden de Nuestro Padre San Agustín en las provincias de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1985, 152.

¹⁷ "Carta de Jerónimo López al príncipe don Felipe, 10 de septiembre, 1545" en *Epistolario, op. cit.*, II, 371.

¹⁸ Torquemada, *op. cit.*, II, 371.



incluye la postrera elaboración de la que iba a ser su *Historia General* en náhuatl y castellano. Dicho libro VI está integrado por una colección de textos, muestras de la *Antigua palabra*, discursos que se pronunciaban en momentos y circunstancias muy significativas en la vida del hombre y la sociedad indígenas. Esos textos, según veremos, muestras extraordinarias de la literatura de tradición prehispánica, se conocen como *Huehuetlahtolli*, *Antigua palabra*. Pues bien, al final del libro en que se transcriben, dispuso Sahagún la siguiente nota:

Fue traducido en lengua española por el dicho padre fray Bernardino de Sahagún, después de treinta años que se escribió en lengua mexicana, este año de 1577.¹⁹

Restando treinta años al de 1577, nos encontramos con el de 1547, que fue cuando recopiló los cuarenta *huehuetlahtolli* en lengua náhuatl. La correspondiente investigación la llevó a cabo hallándose en Tlatelolco. Esto da fundamento a la idea de que el inicio de las investigaciones sahadunenses sobre la antigua cultura ocurrió en 1547 en el contexto del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, en el que, por ese tiempo, se emprendían además otros trabajos también de rescate cultural en materia de medicina indígena y de elaboración de documentos, como uno de carácter cartográfico y otros relacionados con códices o libros al modo antiguo.

Cosa probable fue que fray Bernardino, que conocía lo allegado por otro franciscano, Andrés de Olmos, que había transcrito otros *huehuetlahtolli*, testimonios de la antigua palabra, inquiriera entre los ancianos indígenas que solían acercarse al convento y al colegio de Tlatelolco. Sus búsquedas cristalizaron cuando pudo escuchar de labios nahuas los textos en los que, como lo expresó, se contenía el meollo “de la retórica y filosofía moral y teología de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua y cosas muy delicadas tocante a las virtudes morales”.²⁰

¹⁹ Sahagún, *Códice Florentino*, reproducción facsímil, dispuesta por el Gobierno de México, 3 v., 1979, t. II, fol. 215 v.

²⁰ Sahagún, *Historia*, I, 305.

Abundando en su apreciación del significado espiritual y valor literario de estos *huehuetlahtolli*, Sahagún no dudó en hacer comparación con testimonios que consideró afines de otros pueblos de la antigüedad clásica, así como de los tiempos modernos. Todas las naciones, nos dice, “han puesto los ojos en los sabios y poderosos para persuadir, y también en los hombres eminentes en las virtudes morales...” Y, acto seguido, compara y dice: “Hay de esto tantos ejemplos entre los griegos, latinos, franceses, españoles e italianos, que están los libros llenos de esta materia”. Tal aprecio por la retórica, filosofía moral y teología florecidas en esas culturas, “se usaba también en esta nación indiana y más principalmente entre los mexicanos, entre los cuales los sabios, retóricos, virtuosos y esforzados eran tenidos en mucho”.²¹

Son en verdad estos testimonios de la *antigua palabra* muestra de lo más elevado en la sabiduría del México prehispánico. Hay entre ellos varias oraciones al Dios supremo, Tloque Nahuaque, Dueño de la cercanía y de la proximidad, en su advocación de Tezcatlipoca en ocasiones como las de una pestilencia, una hambruna o una guerra; otra a Tláloc en tiempo de sequía; discursos a propósito de la muerte del principal gobernante, y elección y entronización de otro; consejos de los padres a hijos e hijas, mostrándoles lo que es bueno y lo que es malo en la tierra y, en suma, otro conjunto de exhortaciones y reflexiones que se expresaban en los principales momentos del ciclo vital, desde el nacer, ingresar a la escuela, salir de ella ya formado, contraer matrimonio, noticia del embarazo de la joven esposa, hasta la enfermedad y la muerte.

Fray Bernardino, al recoger estos textos, experimentó cómo crecía su admiración por lo que se le presentaba como un espiritualismo insospechado en el pueblo vencido. Y puesto que, cuando tales *huehuetlahtolli* fueron conociéndose entre los españoles, sobre todo frailes, hubo algunos que dudaron de su autenticidad, y supusieron que era atribución hecha por Bernardino, hombre en verdad sabio, éste, disgustado, escribió las palabras que ya he citado antes:

En este libro se verá muy claro que lo que algunos émulos han afirmado que todo lo escrito en estos libros, antes de éste y después de

²¹ *Loc. cit.*, I.

éste son ficciones y mentiras, hablan como apasionados y mentirosos; porque lo que en este libro está escripto no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo ni hombre viviente pudiera fingir el lenguaje que en él está. Y todos los indios entendidos, si fueran preguntados, afirmarán que este lenguaje es el propio de sus antepasados y obras que ellos hacían.²²

Otro argumento de sentido crítico en favor de la autenticidad de estas expresiones, *huehuetlahtolli*, antigua palabra, debe aducirse. Fray Andrés de Olmos, como ya vimos, varios años antes, había hecho transvasar a escritura alfabética otros *huehuetlahtolli*. Tales textos, que con algunas interpolaciones cristianizantes se conservan en un manuscrito que guarda la Biblioteca del Congreso de Washington, fueron también publicados en 1600 por fray Juan Bautista de Viseo. Ese libro que se tornó rarísimo ha sido reproducido en 1988 por la Comisión Conmemorativa del Encuentro de Dos Mundos y luego en 1991, en tiraje de 615,000 ejemplares por la Secretaría de Educación y El Fondo de Cultura Económica.²³ Los *huehuetlahtolli* pueden ser ya disfrutados por muchos. Ahora bien, la comparación entre varios de los que allí se incluyen y los que, de forma independiente, transcribió Sahagún muestra que en varios hay notorias semejanzas. Tal hecho corrobora la autenticidad de estos textos.

La cosecha de testimonios en el lenguaje propio de los sabios antiguos vino a ser valiosa aportación y asimismo poderoso incentivo para continuar en la investigación. Comenzaba a cristalizar el empeño por ahondar en el conocimiento del pensamiento del hombre indígena como condición imprescindible para poderlo encaminar hacia un cristianismo puro y verdadero, como el de la Iglesia de los tiempos apostólicos, ideal perseguido en México por los primeros franciscanos que llegaron a él.

Tanto llegó a apreciar Sahagún estos testimonios —revelación de un insospechado humanismo— que no dudó en ponderar su estilo y contenido. Al poner título o encabezado a cada uno de ellos, en varios casos añadió expresiones como estas:

²² *Op. cit.*, I, 305-306.

²³ Véase: *Huehuetlahtolli, Testimonios de la antigua palabra*, estudio introductorio de Miguel León-Portilla, transcripción del texto náhuatl y versión al castellano de Librado Silva Galeana, México, Secretaría de Educación Pública y Fondo de Cultura Económica, 1991.

Del lenguaje y afecto cuando oraban al principal dios, llamado Tezcatlipoca [...] en tiempo de pestilencia [...]. Es oración de los sacerdotes en la cual le confiesan por todopoderoso, no visible ni palpable. Usan de muy hermosas metáforas y maneras de hablar.²⁴

Y, si elogió una y otra vez el lenguaje empleado en estas oraciones y discursos, no se retrajo de alabar también el contenido, en particular de dos *huehuetlahtolli* en que el padre y la madre exhortan a su hija:

Más aprovecharían estas dos pláticas dichas en el púlpito, por el lenguaje y estilo en que están, (*mutatis mutandis*), a los mozos y mozas, que otros muchos sermones.²⁵

Ciertamente que lo afirmado por Sahagún pudo haber parecido a algunos no sólo exagerado sino hasta temerario. Estaba exaltando él oraciones paganas y sabiduría indígena.

De una de esas pláticas, la dirigida por el padre nahua a su hijita que ha llegado a edad de discreción, provienen las siguientes palabras que me he esforzado en traducir fielmente del náhuatl, muestra de la sabiduría que tanto impresionó a Sahagún:

Aquí estás, mi hijita, mi collar de piedras finas, mi plumaje de quetzal, mi hechura humana, la nacida de mí. Tú eres mi sangre, mi color, en ti está mi imagen.

Ahora recibe, escucha: vives, has nacido, te ha enviado a la tierra el Señor Nuestro, el Dueño del cerca y del junto, el hacedor de la gente, el inventor de los hombres.

Ahora que ya miras por ti misma, date cuenta. Aquí es de este modo: no hay alegría, no hay felicidad. Hay angustia, preocupación, cansancio. Por aquí surge, crece el sufrimiento, la preocupación.

Aquí en la tierra es lugar de mucho llanto, lugar donde se rinde el aliento, donde es bien conocida la amargura y el abatimiento. Un viento como de obsidianas sopla y se desliza sobre nosotros.

Dicen que en verdad nos molesta el ardor del sol y del viento. Es este lugar donde casi perece uno de sed y de hambre. Así es aquí en la tierra.

Oye bien, hijita mía, niña mía: no es lugar de bienestar en la tierra, no hay alegría, no hay felicidad. Se dice que la tierra es lugar de alegría penosa, de alegría que punza.

²⁴ Sahagún, *Historia*, II, 307.

²⁵ *Ibid.*, II, 370.

Así andan diciendo los viejos: para que no siempre andemos gimiendo, para que no estemos llenos de tristeza, el Señor Nuestro nos dio a los hombres la risa, el sueño, los alimentos, nuestra fuerza, nuestra robustez finalmente el acto sexual, por el cual se hace siembra de gentes.

Todo esto embriaga la vida en la tierra, de modo que no se ande siempre gimiendo. Pero, aun cuando así fuera, si saliera verdad que sólo se sufre, si así son las cosas en la tierra, ¿acaso por esto se ha de estar siempre con miedo? ¿Hay que estar siempre temiendo? ¿Habría que vivir llorando?

Porque se vive en la tierra, hay en ella señores, hay mando, hay nobleza, águilas y tigres. ¿Y quién anda diciendo siempre que así es en la tierra? ¿Quién anda tratando de darse la muerte? Hay afán, hay vida, hay lucha, hay trabajo. Se busca mujer, se busca marido.

Tras este acercamiento a la versión de la plática en náhuatl, no será superfluo enterarnos del modo cómo Bernardino transvasó por su cuenta —en su traducción parafrástica e incluso con un añadido— el contenido de las mismas expresiones. Comparar una y otra versiones arrojará luz para conocer los procedimientos que adoptó él en su elaboración del texto en castellano en su *Historia general*. He aquí lo que fue su transvase:

Tú, hijita mía, como preciosa cuenta de oro y como pluma rica, salida de mis entrañas, a quien yo engendré y que eres mi sangre y mi imagen, que estás aquí presente, oye con atención lo que te quiero decir, porque ya tienes edad de discreción: dios criador te ha dado uso de razón y de habilidad para entender, el cual está en todo lugar y es criador de todos; y pues que es así que ya entiendes, y tienes uso de razón para saber y entender cómo son las cosas del mundo y que en este mundo no hay verdadero placer, ni verdadero descanso, mas antes hay trabajos y aflicciones y cansancios extremados, y abundancia de miserias y pobreza.

¡Oh hija mía, que este mundo es de llorar y de aflicciones, y de descontentos, donde hay fríos y destemplanzas de aire, y grandes calores del sol, que nos aflige, y es lugar de hambre y de sed! Esto es muy gran verdad y por experiencia lo sabemos.

Nota bien lo que te digo, hija mía, que este mundo es malo y penoso, donde no hay placeres, sino descontentos. Hay un refrán que dice, que no hay placer sin que no esté junto con mucha tristeza; que no hay descanso, que no esté junto con mucha aflicción, acá en este mundo; este es dicho de los antiguos, que nos dejaron para que nadie se aflija con demasiados lloros y con demasiada tristeza.

Nuestro señor nos dio la risa, y el sueño, y el comer y el beber con que nos criamos y vivimos, diónos también el oficio de la generación, con que nos multiplicamos en el mundo; todas estas cosas dan algún contento a nuestra vida por poco espacio para que no nos aflijamos con continuos lloros y tristezas; y aunque esto es así, y este es el estilo del mundo, y están algunos placeres mezclados con muchas fatigas, no se echa de ver ni aun se teme, ni aun se llora, porque vivimos en este mundo, y hay reinos y señoríos, y dignidades y oficios de honra, unos cerca de los señoríos y reinos, otros cerca de las cosas de la milicia.

Esto está dicho es muy gran verdad que pasa así en el mundo, mas nadie lo considera, nadie piensa en la muerte, solamente se considera lo presente, que es el ganar de comer y beber y buscar la vida, edificar casas y trabajar para vivir, y buscar mujeres para casarse; y las mujeres cásanse pasando del estado de la mocedad al estado de los casados; esto hija mía, es así como he dicho.

De formas distintas reflejan estas dos versiones la belleza y hondura de la expresión indígena en este breve texto. Más allá de sus diferencias, son dos aproximaciones a un texto que es auténtico ejemplo de la literatura náhuatl de la tradición prehispánica.

*Docencia, más investigaciones
y otros quehaceres en Tlatelolco*

Fray Bernardino continuó su estancia en el Colegio de Santa Cruz, que había de prolongarse esta vez hasta 1558. Además de seguir actuando al lado ya de los nuevos profesores indígenas, como maestro de gramática y latinidad, tuvo ocasión entonces de estrechar más su relación con algunos de sus antiguos estudiantes, los trilingües —hablaban náhuatl, latín y castellano— que años después colaborarían con él en su más amplia investigación.

El virrey Antonio de Mendoza, que tantos trabajos había promovido y realizado, desde fundar nuevos pueblos y ciudades, organizar expediciones al norte del país, someter grupos rebeldes, como el muy célebre que dio lugar a la llamada guerra del Mixtón en 1541 en territorio de Jalisco y Zacatecas, a la que alude Sahagún en el capítulo II del libro VIII de su *Historia general*, había prestado su apoyo a proyectos en el campo del desarrollo de la cultura espiritual.²⁶ Entre éstos sobresalen el estable-

²⁶ Sobre esta guerra: Miguel León-Portilla, *La flecha en el blanco. Francisco Tenamxitle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos de los indígenas, 1541-1556*, México, Editorial Diana y El Colegio de Jalisco, 1995.

cimiento de la imprenta en 1539, la creación de nuevas escuelas como el Colegio de San Juan de Letrán para jóvenes mestizos, así como la obtención de la cédula de Carlos V, de 22 de septiembre de 1551, en virtud de la cual se creó la Universidad de México con los mismos estatutos y privilegios que la de Salamanca.

En lo concerniente al conocimiento de las culturas indígenas para informar acerca de ellas al Emperador, puede recordarse que fue Mendoza quien dispuso se elaborara el código que hasta hoy lleva su nombre. En las tres partes de que consta dicho manuscrito se representa al modo prehispánico la secuencia en la expansión de los antiguos mexicanos, durante el período de cada uno de los gobernantes supremos; se describen luego, cualitativa y cuantitativamente, los tributos que recibían ellos de diversas provincias y, finalmente, se ofrece un cuadro bastante preciso y completo de lo que hoy podría describirse como una etnografía prehispánica: formas de gobierno, educación, alimentos, atavíos etcétera.²⁷

Al Virrey que había demostrado considerable interés por lo tocante a las manifestaciones superiores de la cultura, tanto la indígena como la hispánica, correspondió también encargar al Colegio de Santa Cruz hacia 1548 o 1549 la elaboración de un mapa de la ciudad de México y sus contornos. Dado que es muy probable que en ello participaran Sahagún y sus más cercanos colaboradores, conviene recordar cuáles fueron los antecedentes que llevaron a la elaboración del mapa. En abril de 1546 el príncipe Felipe, regente en ausencia del emperador Carlos, había pedido a don Antonio de Mendoza que se realizaran trabajos de índole cartográfica para disponer mejor la administración del virreinato. Igualmente él y su padre habían manifestado su deseo de conocer cómo era la tan renombrada ciudad de México. El Virrey, al enterarse de tal interés, consideró que, dado que en el colegio inaugurado por él en Tlatelolco se desarrollaban importantes trabajos que incluían la copia de antiguos códices, bien podía encargarse allí la elaboración del deseado mapa. A su debido momento, hacia 1550, el Virrey enviaría el resultado de su encargo al cosmógrafo real Alonso de Santa

²⁷ Véase la más reciente edición de este manuscrito: *The Mendoza Codex* by Francis F. Berdan and Patricia Rieff Anawalt, 4 v., Berkeley, University of California Press, 1992.

Cruz, con quien mantenía frecuente correspondencia, para que lo revisara y, si lo consideraba digno, lo hiciera llegar a Carlos V.

El mapa, concebido al modo renacentista, con la idea de recrear el paisaje en el que existía la ciudad novohispana, efectivamente, se elaboró pintado sobre dos trozos de piel unidos, con una superficie de 1.74 metros de ancho por 78 centímetros de alto. En este mapa, de gran colorido, convergieron de hecho dos tradiciones cartográficas: la del México antiguo y la española renacentista. En él se representa la isla sobre la que se erguía México-Tenochtitlan y, al norte, Tlatelolco, con el convento y el colegio en un tamaño mucho más grande que rompe la escala del conjunto, como para subrayar que allí había sido elaborado el mapa. Los lagos circundan la isla y, más allá de éstos, aparecen las regiones ribereñas en la gran cuenca de México. El mapa, que puede designarse como de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550, incluye además cerca de 200 glifos toponímicos al modo indígena, así como muchas escenas en las que se reflejan la vida y los quehaceres en la isla y en la región de los lagos. Como producción que fue de indígenas nahuas guiados probablemente por el fraile, maestro en el Colegio de Santa Cruz, el mapa pone de relieve los méritos de quienes allí se ocupaban en trabajos de alta cultura.²⁸

También por ese tiempo quedó terminado el *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis* (Librito sobre hierbas medicinales de los indios), conocido también como *Códice Badiano*. Participaron en la preparación de esta obra dos antiguos maestros en el Colegio, Martín de la Cruz y Juan Badiano. El primero era un *tepahtiani*, médico de reconocido prestigio. El segundo un aventajado latinista. El herbario tiene 140 páginas, en 89 de las cuales hay pinturas, a modo de miniaturas, que ilustran las diversas plantas cuyos nombres y propiedades medicinales allí se describen. Es pertinente notar que, en muchas de las dichas miniaturas se registra, al modo indígena, el tipo de suelo —pedregoso, húmedo, acuoso, abundante en insectos...— en que hunde sus raíces la correspondiente planta.

²⁸ Véase *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*, edición facsimilar y estudio de Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera. México, Celanese, 1986.

Sahagún debió conocer al médico Martín de la Cruz ya que su elaboración del códice coincidió con su estancia en el Colegio de Santa Cruz. De hecho, años más tarde, interesado Bernardino en la farmacología indígena, obtendrá de otros médicos tlatelolcas copiosa información que incluyó entre los frutos de su investigación. Uno de esos médicos, llamado Francisco de la Cruz, bien pudo ser pariente de Martín.

Cuando éste dio por concluido su trabajo en náhuatl, es muy probable que los *tlahcuilos*, pintores, que había en el Colegio procedieran a disponer las miniaturas que debían ser parte esencial del códice. Y correspondió luego a Juan Badiano traducir el texto náhuatl a un latín correcto y aun elegante. Badiano dio como título al códice el ya referido de *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*.

Terminada la obra, fue dedicada y entregada en 1552 a don Francisco de Mendoza, hijo del Virrey. Coincidió esa fecha con la muerte de este último que había dejado ya la Nueva España en 1550 y pasado a Lima para estar al frente del virreinato del Perú.

La entrega del herbario a don Francisco, que se había quedado en México para atender a varios asuntos de su padre, pudo deberse tanto al reconocimiento debido al Virrey que apoyó la existencia del Colegio como al interés que por la farmacología indígena mostraba don Francisco. El herbario fue llevado por éste a España.

El propio Martín de la Cruz al dedicar su herbario a don Francisco de Mendoza, que se hallaba aún en México, declara los motivos que tuvo para elaborarlo. Por una parte le expresa que “los beneficios que tu padre me ha hecho no pueden encarecerse”. Ellos habían abarcado a todo el Colegio al que patrocinó y dotó de rentas. Por otra, añade que, si don Francisco le ha solicitado con insistencia su opúsculo, en esto ve que no hay otra causa sino “la de recomendar ante la Sacra Católica y Real Majestad a los indios, aun no siendo de ello merecedores”. Lo entrega, por tanto, para agradecer y obtener nuevos favores del Emperador a quien supone Martín de la Cruz que mostrará o tal vez entregará don Francisco su herbario.

No consta que Carlos V o su hijo Felipe llegaran a contemplar el códice. Se sabe, en cambio, que un farmacéutico bien conocido y vinculado a la Corte, Diego de Cortavila y Sanabria,

lo poseyó. Prueba de esto la ofrece una inscripción suya en su primera página que dice: “ex libris Didaci Cortavila”. Otros dueños tuvo este herbario, uno de los cuales permitió, por cierto, que se sacara una copia de él. Hoy sabemos que se conserva ésta en la Biblioteca del Castillo de Windsor en Inglaterra.

Fue el cardenal Francesco Barberini, bibliófilo empedernido, que había sido nuncio apostólico en España, quien más tarde tuvo en propiedad este códice. En su calidad de bibliotecario de la Vaticana, a su muerte el preciado manuscrito quedó en dicha biblioteca. En ella se conservó y fue redescubierto, casi simultáneamente en 1929, por el inglés Charles Upson Clark, el italiano Giuseppe Gabrieli y el norteamericano Lynd Thorndike. El interés que despertó en ellos el códice lo transmitieron a otros estudiosos, entre ellos al coleccionista e historiador William Gates, al especialista en historia de la medicina William Welch, así como a la doctora Emily Walcott Emmart. De este modo el manuscrito salido del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco atrajo ya la atención no sólo de bibliófilos como Francesco Barberini, sino de especialistas en diversas disciplinas, de varios países del mundo.

Todo este relato, que podrá parecer a algunos una digresión, se dirige a poner de relieve la significación universal que llegaron a alcanzar varias de las aportaciones de ese Colegio, en el que mucho trabajó fray Bernardino como maestro e investigador de la cultura náhuatl. El códice se publicó, con estudio de la doctora Emmart en 1940.²⁹ Años más tarde, en 1964, volvió a aparecer acompañado de numerosos trabajos de distinguidos especialistas.³⁰ Finalmente, en 1990, el *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis* fue entregado a México por el Papa Juan Paulo II, siendo así el único códice indígena que, tras salir del país, ha regresado venturosamente a él.

Las varias formas de relación del Colegio con don Antonio, el virrey, ayudan a comprender por qué éste, como lo recordó fray Bernardino bastantes años después, hablando de la situación económica del mismo, lo había dotado de cierto apoyo.

²⁹ Emily W. Emmart, *The Badianus Manuscript*, Baltimore, The John Hopkins Press, 1940.

³⁰ Martín de la Cruz, *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*, reproducción facsimilar, versión en español, con comentarios de varios autores, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1964. Hay nueva edición, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1991.

Si el señor don Antonio de Mendoza, que en gloria sea, virrey que fue de esta Nueva España, no los hubiera proveído de su hacienda y de una poca rentilla que tienen, con que se sustentan pocos y mal, ya no hubiera memoria del colegio y del colegial...³¹

Grande fue la estimación en que tuvo Bernardino al virrey Mendoza, al que conoció el 6 de enero de 1536 cuando se inauguró solemnemente el Colegio de Santa Cruz. Por diversas razones, a lo largo de su vida se veía él en relación con varios de los virreyes. Así, después de la partida de Mendoza con rumbo al Perú, gobernando ya don Luis de Velasco, el primero, encontramos que Sahagún y otros franciscanos, entre ellos el provincial fray Juan de San Francisco, el comisario general Francisco de Bustamante, el guardián de México, Diego de Olarte, Antonio de Ciudad Rodrigo y Toribio de Benavente Motolinía, reunidos, como dicen, “en nuestra congregación capitular”, escriben una carta al emperador don Carlos, de fecha 20 de octubre de 1552.

En tal misiva piden al soberano deslinde la autoridad del Virrey de la que compete a la Audiencia, de suerte que el primero, “que tiene muy gran deseo y voluntad de favorecer y defender a estos pobres naturales”,³² pueda gobernar más libremente. El hecho de que fray Bernardino aparezca firmando esta carta, confirma además lo que el cronista Jerónimo de Mendieta había expresado de él, “que a veces fue definidor de esta provincia del Santo Evangelio”.³³ Ejercer tal cargo significaba participar en el definitorio, consulta y gobierno franciscanos, al lado del padre superior o provincial y de otros como el comisario y algunos de los principales guardianes o superiores de conventos. Tal cargo, aunque requería tiempo y atención, no apartaba en realidad a Sahagún de sus ocupaciones en Tlatelolco.

El libro de la Conquista: la “visión de los vencidos”

Justamente por ese tiempo fray Bernardino, en su empeño por comprender los sentimientos y formas de pensar del hombre in-

³¹ Sahagún, *Historia*, II, 636.

³² “Carta de fray Juan de San Francisco y otros, al Emperador, 20 de octubre, 1552”, en *Cartas de Indias*, 2 v., publicados por el Ministerio de Fomento, Madrid, 1877, t. I, documento XXI, 120.

³³ Mendieta, *op. cit.* 664.

dígena, acometió otra tarea: reunir testimonios de labios de quienes habían presenciado o participado en los hechos de la Conquista. Sabemos por el mismo investigador que tal empresa la llevó a cabo en Tlatelolco hacia 1553-1555. Mucho después, revisando lo que conservaba de sus papeles en 1585, quiso Sahagún corregir y enriquecer sus antiguos testimonios nahuas acerca de la Conquista. Al comienzo de lo que fue su nueva versión notó lo siguiente:

Quando esta escriptura [acerca de la Conquista] se escribió, que ya ha más de treinta años, toda se escribió en lengua mexicana. Los que me ayudaron en esta escriptura fueron viejos principales y muy entendidos [...] que se hallaron presentes en la guerra quando se conquistó esta ciudad.

En el libro, donde se trata de esta Conquista, se hicieron varios defectos, y fue que algunas cosas se pusieron en la narración de esta Conquista que fueron mal puestas, y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos y ochenta y cinco, enmendé este libro.³⁴

Si restamos algo más de treinta años al de 1585, nos encontramos con los de 1553-1555, que fue el lapso durante el cual el fraile investigador obtuvo sus testimonios de esos viejos que se hallaron presentes en la guerra cuando se conquistó Tenochtitlan. Tales testimonios, en los que claramente se ve que son tlaxtecolcas los que hablan, los incorporaría más tarde, como Libro XII, en la *Historia general* en náhuatl y en castellano. En un breve prólogo “Al lector” indica Bernardino, con ciertas reticencias y aparente vacilación, cuál había sido su propósito:

Aunque muchos han escrito en romance la Conquista de esta Nueva España, según la relación de los que la conquistaron, quisela yo escribir en lengua mexicana, no tanto por sacar algunas verdades de la relación de los mismos indios que se hallaron en la Conquista, sino por poner el lenguaje de las cosas de la guerra y de las armas que en ella usan los naturales, para que de allí se puedan sacar vocablos y maneras de decir propias para hablar en lengua mexicana acerca de esta materia.³⁵

³⁴ Sahagún, *Conquest of New Spain, 1585, Revision*, reproductions of the Boston Public Library Manuscript and the Carlos María de Bustamante 1840 edition, edited with an introduction and notes by S. L. Cline, University of Utah Press, 1989, 417-418.

³⁵ Sahagún, *Historia*, II, 817.

Pretende Bernardino que su propósito fue básicamente lingüístico, ya que afirma así se podrán sacar voces y maneras de decir en náhuatl sobre la guerra. De esto parecería desprenderse que la guerra le parecería tema de particular atractivo, cosa que él mismo contradice en varios lugares de su obra, pues la tiene como tiránica y destructora.³⁶ En cambio, prosiguiendo en su mismo prólogo, no puede ocultar la que había sido en realidad su idea rectora: conocer lo que significó en la conciencia indígena el drama de la Conquista.

Los que fueron conquistados y supieron y dieron relación de muchas cosas que pasaron entre ellos durante la guerra, las cuales ignoraron los que los conquistaron, por las cuales razones me parece que no ha sido trabajo superfluo el haber escrito esta historia, la cual se escribió al tiempo en que eran vivos los que se hallaron en la misma Conquista y ellos dieron esta relación, y personas principales y de buen juicio, y que se tiene por cierto que dijeron toda la verdad.³⁷

El relato en náhuatl de los vencidos se inicia con la evocación de “las señales y pronósticos” que se decía habían aparecido antes de que vinieran los hombres de Castilla, y concluye con la rendición de los mexicanos después de ochenta días de asedio a su ciudad, la prisión del príncipe Cuauhtémoc y una “amonestación” de Cortés a los señores de México, Tetzcoco y Tlacopan (los de la Triple Alianza), requiriéndoles la entrega del oro que, se afirmaba, tenían oculto. No es éste ciertamente el testimonio indígena más antiguo del mismo Tlatelolco ya que existe otro en los llamados *Anales de la Nación Mexicana*. Sí es, en cambio, el texto más amplio y de mayor fuerza, en el que los vencidos hablan por sí mismos y dan a conocer lo que fue para ellos su enfrentamiento y derrota ante los hombres de Castilla.

Este relato, dramático testimonio derivado de las pesquisas de Sahagún, despertó considerable interés desde el siglo XVI. Fray Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana* lo cita y proclama que nadie podrá entender lo que fue la Conquista si no toma también en cuenta el parecer de los indígenas. El cro-

³⁶ Sahagún, *op. cit.* II, 538.

³⁷ *Ibid.*, II, 817.

nista real Antonio de Herrera, también lo aprovechó, aunque sin mencionar a Sahagún. Por mi parte diré que, con el título de *Visión de los vencidos*, he difundido este testimonio que sigue cautivando la atención a tal grado que son muchas las impresiones que de él se han hecho, así como traducciones a quince lenguas.

Poner en duda, o todavía más negar, la veracidad de los testimonios reunidos sería rechazar gratuitamente lo expresado por Sahagún acerca de los que dieron “esta relación [...], personas principales y de buen juicio y que se tiene por cierto que dijeron toda verdad”. Equivaldría ello además a prescindir de la evidencia interna de dicha relación en la que es patente el estupor que causó la invasión española y el trauma de la propia derrota. Asimismo tal duda o negación implicaría hacer a un lado las coincidencias testimoniales que hay entre este texto y el de los *Anales de Tlatelolco*, obras ambas no de mexicas tenochcas sino de gente tlatelolca que, como puede percibirse allí, mantenía resentimiento hacia sus vecinos y dominadores. Significaría, finalmente, que todos cuantos conocieron y tuvieron por verdadera dicha relación —entre ellos Juan de Torquemada y el cronista Antonio de Herrera, el protomédico Francisco Hernández y el gramático Horacio Carocho, que la citan— procedieron precipitada e ingenuamente.

De las otras actividades de Bernardino anteriores a 1558, cuando, ampliados sus propósitos, inició la investigación integral de la antigua cultura, importa recordar tres de particular significación. Una fue la prosecución de su acercamiento, cada vez más penetrante, al náhuatl. Indicio de que era bien conocido y apreciado tal interés suyo fue que, al publicar fray Alonso de Molina su *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* en 1555, según se hace constar en el colofón:

Fue vista y examinada esta obra por el reverendo padre fray Francisco de Lintorne, guardián del monasterio de Sant Francisco de México, y por el reverendo padre fray Bernardino de Sahagún, de la dicha orden, a quien el examen de ella fue cometido.³⁸

³⁸ Alonso de Molina, *Aquí comienza un vocabulario en la lengua castellana y mexicana compuesto por el muy reverendo padre fray Alonso de Molina [...]*, En México, en casa de Juan Pablos, 1555. Ver páginas preliminares.



El segundo género de actividad consistió en continuar con la tarea que, dentro de su plan de acercamiento al hombre indígena, se había echado a cuestras: la traducción al náhuatl de textos bíblicos. Pensaba él —como luego lo expresó formalmente en su prólogo al libro de los *Coloquios y Doctrina Christiana*—, que la palabra de las Sagradas Escrituras debía hacerse llegar al pueblo nativo. De hecho, según veremos, en 1561 dio por concluida su traducción al náhuatl de todas las epístolas y evangelios que deben leerse en los domingos y principales fiestas del año.

La última actuación suya, previa al inicio de su más amplia investigación, parece haber tenido lugar poco antes de 1558. Fue entonces cuando se trasladó a Michoacán en calidad de padre visitador de los frailes que allí laboraban y que integraban aún una Custodia, es decir, un conjunto menor en rango al de una provincia franciscana. Acerca de los habitantes indígenas de Michoacán habría de inquirir más tarde cuando, recopilando textos para su *Historia general*, transcribió noticias en náhuatl sobre los principales grupos nativos de la Nueva España. Entonces reuniría los testimonios de los ancianos nahuas acerca de los señoríos y reinos que habían florecido en la antigüedad, como Teotihuacan, Cholula, Tula y otros, así como de lo que pensaban sobre gentes de lenguas y culturas diferentes. Tales testimonios fueron, según vamos a verlo, una parte tan sólo en el gran conjunto de textos que pasaron a integrar su *Historia general*.